

PQ7297

• 2353

m4  
v. 2



FONDO  
FERNANDO DIAZ RAMIREZ



## CUARTA PARTE

### CAPITULO I

#### Sentimientos del alma

Al llegar de Tlalpan a México los viajeros desmontaron del ómnibus y se dirigieron a sus respectivas casas.

El doctor, deseando aprovechar el tiempo que Diego estaba ausente, marchó hacia la habitación de Elisa, y mientras en ella tenían lugar los acontecimientos que dejamos apuntados en el capítulo anterior, Félix, dependiente de Flan, dió parte a su principal del resultado de la misión que había llevado, aunque nada le habló por entonces del diálogo que por casualidad había oído, y en el cual se le hacía aparecer a Duval como monedero falso.

Dejando, pues, para otra ocasión, que él había resuelto ya, la aclaración de aquel asunto, se dirigió a ver a Soledad, temiendo que hubiese llegado a sus oídos la desgraciada muerte de aquel que, en su concepto, no podía ser otro que Núñez, puesto que las señas correspondían perfectamente con su cuerpo y su figura, según pudo observar en el concierto la única vez que le habían visto.

Pero pronto conoció, por las preguntas que le hizo y por la conversación que promovió la hermosa con respecto al hombre a quien no podía apartar de su memoria un solo



instante, que ignoraba la noticia que él había escuchado, y no quiso, por lo mismo, ser él quien desgarrase su corazón.

En aquel momento se presentó una criada anunciando que el señor Flan pedía licencia para pasar a ver a la señorita. Soledad se sorprendió.

Era la primera vez que el señor Flan solicitaba una entrevista con ella.

—Dile que venga cuando guste.

La criada se fué y la joven continuó:

—¿Qué tendrá que decirme? ¡No sé por qué me sobresalta esta inesperada visita...! ¿No sospecha usted lo que la motivará, don Félix?

—Sí; y aun creo adivinar la causa.

—¿Sí? ¿Y cuál es?

—Mi principal me ha hablado mil veces de usted, haciendo de sus virtudes los merecidos elogios; ponderándome la felicidad que conseguirá el hombre que tenga la fortuna de alcanzar su amor; y en mi concepto, la visita que solicita, no reconoce otro origen que el de una declaración amorosa.

Soledad se puso pálida.

—¡Será posible!—exclamó afligida.

—Sin duda alguna. Pero nada debe usted temer. El señor Flan tiene un corazón noble y generoso; sabe apreciar las altas virtudes, como corresponde a todo hombre bien nacido, y no exigirá, si usted le expone lo que pasa en su alma, que sacrifique usted sus afectos al agradecimiento y a la compasión.

—Sí; le abriré mi corazón; le hablaré con la franqueza que reclama la honradez, la amarga historia de mi vida; y si no consigo que desista de su intento, abandonaré el lujo de que me ha rodeado para vivir en una humilde habitación, acompañada de mis recuerdos y mis lágrimas.

—¡Bien, Soledad, bien...! —dijo don Félix, conmovido—. Y yo le seguiré a usted como su leal y fiel amigo... como su esclavo...

—¡Gracias, generoso Félix...!—exclamó la joven, profundamente conmovida por aquel rasgo generoso.

—¡Adiós, Soledad! La dejo a usted antes de que llegue mi principal.

Y ambos jóvenes se separaron, enviándose una mirada de ternura que revelaba los afectos más puros del corazón.

Soledad quedó triste y sobresaltada, esperando al hombre a quien debía las atenciones de un cariñoso padre.

Félix se fué con el corazón oprimido y sobresaltado.

Aquella entrevista solicitada por su principal no podía reconocer otra causa que una declaración amorosa.

Y esta idea le tenía en una inquietud violenta.

¿Por qué?

El mismo lo ignoraba.

Cuando, al hablar de Núñez, pocos momentos antes, la joven le manifestó que nunca sería de otro que del hombre que hizo latir su corazón por primera vez, y que si él la olvidaba, ella le amaría toda la vida, Félix quedó triste y abatido.

Ahora, la creencia de que el señor Flan aspiraba a la mano de la hermosa, le atormentaba.

¿Es acaso que al meditar en la muerte de Núñez cruzó por su pensamiento una esperanza que ahora se desvanece, temiendo que la puerta que se abría a la realización de un sentimiento desconocido, se cierre con la presencia de su principal?

Esto es lo que él mismo no acertaba a explicarse.

Félix anhelaba, es cierto, la felicidad de la joven; pero también lo es que al imaginar que la memoria de Núñez se podría borrar de la memoria de Soledad, cuando llegase a saber que no existía, sintió cierta satisfacción interna, dulce y balsámica, de que se horrorizó él mismo, espantado de haber podido dar entrada en su alma a ideas contrarias a los deberes sagrados del hombre.

—¿Luego no es mi amor desinteresado y noble...? —exclamó para sí, procurando alejar las ideas que le asaltaban. —¡Yo aspiraba, sin saberlo, a su posición, y tal vez me alegraba de que Núñez hubiese muerto...! ¡Ah...! ¡No...! —agregó horrorizado con este pensamiento—. ¡Eso sería un crimen que me atormentaría toda la vida! ¡Imposible, imposible...! ¿No he lamentado su muerte como si se tratase de un hermano...? ¿No he rogado a Dios mil veces porque le devolviese con su amor a Soledad, la dulce paz que le ha robado...?

Y Félix entró en su cuarto, analizando los encontrados afectos de su alma, acusándose unas veces y absolviéndose otras, de los íntimos sentimientos que abrigaba en su corazón.

—Pero, si es cierto que mi cariño es sincero como el de un hermano, y no egoísta como el de un amante —exclamó, dejándose caer sobre una silla—, ¿por qué me tiene sin quietud, sin calma y sin placer esta entrevista de mi principal con Soledad...?

Y Félix sentía abrasada su frente y oprimido su corazón.



Tan pronto se levantaba de la silla, como se volvía a dejar caer sobre otra, sin encontrar postura ni tranquilidad. ¿Qué pasaba, entretanto, en la entrevista entre Soledad y Flan?

El capítulo siguiente contestará a la pregunta.

## CAPITULO II

### Una declaración inesperada

Don Felipe Flan tenía treinta y dos años de edad; era alto y bien formado, de ojos y pelo negros, de fisonomía dulce y expresiva; sus modales eran finos, y su manera de vestir sencilla y elegante.

En todas las circunstancias de la vida conservaba un humor igual y uniforme.

Abrasado por el fuego de su pasión, que fué creciendo a medida que iba descubriendo cada día nuevas virtudes y nuevos atractivos, conoció que no le quedaba otro medio de poner término a sus padecimientos, que revelar sinceramente los afectos de su corazón a la mujer que ocupaba a todas horas su pensamiento.

Tomada esta resolución, aun vaciló por mucho tiempo, hasta que, por último, eligió el momento en que nos encuentra nuestra historia.

Soledad le recibió con la amabilidad de una persona bien educada y agradecida, pero inquieta en su interior por el asunto que sospechaba le llevaba a aquel sitio.

—He solicitado esta entrevista —dijo don Felipe, después de los saludos de estilo, y de sentarse al lado de la joven—, no porque juzgue que la hora es la más oportuna para ello, sino porque he querido aprovechar el instante en que me he creído con más valor para tratar de un asunto que importa la felicidad o la desgracia de toda mi vida.

Soledad comprendió lo que entrañaba aquel introyto, y se estremeció.

—¡Un asunto que envuelva su dicha o su desgracia!— dijo con voz entrecortada la joven.

—Sin duda alguna.

—¿Y viene usted a comunicarme negocio de tan alto interés?

—Le debe, en efecto, parecerle a usted extraño; pero cambiará de opinión cuando sepa usted que no se trata de



¡Amará usted acaso ya a otro!

(Página 12.—Tomo II.)